

especie de campo de batalla, donde los talentos acuden, unos en pos de otros, a brillar y a morir. ¡Cuántos genios de guerra distintos no ha visto pasar! Corneille, Racine, Boileau, La Bruyere, Bossuet, Fenelón, Voltaire, Buffon, Montesquieu... ¿Quién no tiembla, señores, al considerar que va a formar un eslabón en la cadena de esta ilustre línea? Agobiado bajo el peso de estos nombres inmortales, no pudiendo hacerme reconocer por mis talentos como heredero legítimo, trataré a lo menos de probar mi descendencia por mis sentimientos.

»Cuando me llegue mi turno de ceder el sitio al orador que deba hablar sobre mi tumba, podrá juzgar mis obras con toda severidad; pero se verá precisado a decir que yo amaba a mi patria con delirio, que hubiera antes sufrido mil desgracias que hacer derramar una sola lágrima a mi país; y que sin la menor vacilación hubiera hecho el sacrificio de mis días, a estos nobles sentimientos, los únicos que dan valor a la vida y dignidad a la muerte.

»¡Pero qué época he ido a escoger, señores, para hablaros del luto y de los funerales! ¿No estamos rodeados por todas partes de fiestas? Viajero solitario, meditaba hace pocos días, sobre las ruinas de los imperios destruidos; y veo elevarse un nuevo imperio. Apenas abandono esas tumbas donde duermen las naciones enterradas, diviso una cueva llena de los destinos del porvenir. Por doquiera resuenan las aclamaciones del soldado. César sube al Capitolio; los pueblos cuentan las maravillas, los monumentos erigidos, las ciudades embellecidas, las fronteras de la patria bañadas por esos lejanos mares que sostenían los navíos de Escipión, y por esos aún más lejanos que no conoció Germánico.

»En tanto que el vencedor se adelanta rodeado por sus legiones, ¿qué han de hacer los tranquilos adeptos de las musas? Habrán de marchar delante del carro para unir el olivo de paz a las palmas de la victoria, para presentar al vencedor la copa sagrada, y mezclar a las narraciones guerreras las tiernas imágenes que hacían llorar a Pablo-Emilio sobre las desgracias de Perseo.

»Y vos, hija de los Césares, salid de vuestro palacio con vuestro tierno hijo en los brazos; venid a añadir nueva gracia a la grandeza; venid a enternecer la victoria y a templar el brillo de las ar-

mas con la doble majestad de una reina y de una madre.»

En el manuscrito que me fué devuelto, el principio del discurso que hace relación a las opiniones de Milton, se hallaba *cruzado* de un extremo a otro por el mismo Bonaparte. Una parte de mi reclamación contra el aislamiento de los negocios en que se quería tener a la literatura, estaba *marcada* igualmente con su reprobación. El elogio del abate Delille, que recordaba la emigración, la fidelidad del poeta a las desgracias de la familia real y a los sufrimientos de sus compañeros de destierro, estaba colocado en un *paréntesis*: el elogio del señor de Fontanes tenía una *cruz*. Casi todo cuanto decía sobre el señor Chenier, sobre su hermano, sobre el mío, sobre los altares expiatorios que se preparaban en Saint-Denis, estaba lleno de *borrones*.

No concluyó todo con devolverme el discurso; se me quería obligar a hacer otro nuevo. Declaré que me atenía al primero, y que no haría ninguno más. La comisión decidió entonces que no debía ser admitido en la Academia.

Personas llenas de chiste, de generosidad y de valor, y a quienes no conocía, se interesaban por mí. La señora de Lindsay, que a mi vuelta de Francia en 1800 me llevó desde Calais a París, habló a la señora Gay; ésta se dirigió a la señora Regnault de Saint-Jean-d'Angely, la cual invitó al duque de Rovigo a que me dejara en paz. Las mujeres de aquella época interponían su belleza entre el poder y el infortunio.

Todo este ruido se prolongó por los premios decenales hasta el año 1812. Napoleón, que me perseguía, hizo preguntar a la Academia, a propósito de estos premios, por qué no había colocado entre sus obras *El Genio del Cristianismo*. La corporación se explicó entonces; muchos de mis compañeros escribieron un juicio muy desfavorable de esta obra. Les hubiera podido decir lo que dijo a un pájaro un poeta griego: «Hija del Atica, criada con miel, tú, que tan bien cantas, te apoderas de una cigarra tan buena cantante como tú, y te la llevas para alimento de tus hijos: ambas tenéis alas; ambas habitáis los mismos lugares; ambas celebráis la llegada de la primavera; ¿por qué, pues, no le devuelves la libertad? No es justo que una cantora perezca en el pico de una de sus semejantes.»

PREMIOS DECENALES. — EL «ENSAYO SOBRE LAS REVOLUCIONES». — «LOS NATCHEZ». — FIN DE MI CARRERA LITERARIA. — BONAPARTE. — SU FAMILIA.

Esta mezcla singular de cólera y de afición de Bonaparte contra mí y hacia mí ha sido constante siempre; me amenazaba, y al mismo tiempo pregunta al Instituto por qué no ha hablado de mí con motivo de los premios decenales. Aún hace más: dice a Fontanes que, puesto que el Instituto no me consideraba digno del concurso a los premios, él me otorgaría uno; que me nombraría superintendente general de todas las bibliotecas de Francia; superintendencia que figuraba en la categoría de una embajada de primera clase. Napoleón no había echado en olvido su primera idea de emplearme en la carrera diplomática, y no podía menos de desear, por causas que le eran harto conocidas, que yo entrara a formar parte del ministerio de Estado. Y, sin embargo, a pesar de estas proyectadas liberalidades, su prefecto de policía me invitó, algún tiempo después, a alejarme de París, y fui a Dieppe, donde continué mis *Memorias*.

Bonaparte descende a representar el papel de estudiante truhán; desentierra el *Ensayo sobre las revoluciones*, complaciéndose en hacerme la guerra por esta obra. Un tal señor Damaze de Raymond se constituyó en campeón mío: fui a darle por ello las gracias a su casa, calle de Vivienne. Entre los varios objetos que tenía sobre su mesa había una calavera; algún tiempo después murió en desafío, y su hermosa fisonomía fué a reunirse con el horrible busto que parecía llamarle. En aquella época se habían puesto en moda los desafíos. Uno de los agentes de policía secreta, que había sido encargado de la prisión de Jorge, recibió de mano de éste un balazo en la cabeza.

Para concluir de una vez los ataques traidores de mi poderoso enemigo, me dirigí al mismo señor de Pommereul, de quien ya he tenido ocasión de hablar en mi primera llegada a París: desempeñaba el cargo de director general de la imprenta y librería; le pedí permiso para reimprimir el *Ensayo*. Puede verse mi correspondencia y el resultado de ella en el prefacio del *Ensayo sobre las revolu-*

ciones, edición de 1826, tomo segundo de las Obras completas. Por otra parte, el gobierno tenía razón en negarme la reimpresión de la obra *completa*. El *Ensayo*, por sus ideas con respecto a las libertades y a la monarquía, era una obra que no debía ver la luz en un tiempo en que reinaban el despotismo y la usurpación. La policía aparentaba cierta imparcialidad tolerando que se dijera algo en favor mío, y gozándose en impedir la única cosa que hubiese podido vindicarme. A la vuelta de Luis XVIII se hizo una nueva exhumación del *Ensayo*, así como durante el Imperio se habían querido servir de él en contra mía bajo el aspecto político, del mismo modo pretendieron hacerlo en el tiempo de la Restauración desde el punto de vista religioso. En las notas de la nueva edición del *Ensayo histórico* hice una retractación pública de mis errores, que nada deja que desear. La posteridad pronunciará su fallo sobre el *libro* y sobre el *comentario*, si es que se ocupa todavía en estas antiguallas. Me atrevo a esperar que juzgará el *Ensayo* como lo ha juzgado mi cabeza encanecida; porque, al avanzar en el camino de la vida, se anticipa uno a la justicia de ese porvenir que se va aproximando. El *libro* y las *notas* me ponen delante del mundo tal como fué al principio de mi carrera, y tal como soy al final de ella.

Además, esta obra, que he tratado con un rigor extremado, ofrece el *compendio* de mi existencia como poeta, como moralista y como hombre político futuro. El trabajo es superabundante, el atrevimiento de las opiniones está llevado hasta el extremo. Preciso es reconocer que, en las sendas diversas que he seguido, las preocupaciones jamás me sirvieron de guía; que nunca me he cegado en causa alguna; que no me ha guiado interés alguno, y que los partidos que he seguido han sido siempre de mi elección.

Para terminar lo que tengo que decir sobre mi carrera literaria, debo hacer mención de la obra que la inició y que permaneció en manuscrito hasta que la publiqué en mis *Obras completas*.

Al principio de los *Natchez*, se dice en el prólogo el modo cómo fué encontrada esta obra en Inglaterra, gracias a las investigaciones, dignas de mi gratitud, de los señores de Thuisy.

Un manuscrito, de que pude sacar a *Atala*, a *René* y muchas de las descripciones que se ven en *El Genio del Cris-*

tianismo, no es completamente estéril. Este primer manuscrito estaba escrito de seguida, sin divisiones; todas las materias se hallaban confundidas en él: viajes, historia natural, parte dramática, etcétera; pero, además de él, existía otro, dividido en tomos. En este segundo trabajo había, no sólo atendido a la división de materias, sino que había cambiado la índole de la composición, haciéndola pasar desde la novela a la epopeya.

Un joven que amontona confusamente sus ideas, sus invenciones, sus estudios, sus lecturas, debe producir un caos; pero hay en ese caos cierta fecundidad que depende del vigor de los años.

Me ha sucedido a mí lo que tal vez no ha sucedido jamás a autor alguno; esto es, volver a leer, después de treinta años, un manuscrito que había olvidado por completo.

Tenía entonces un gran peligro que temer. Al volver a pasar el pincel sobre el cuadro, podía debilitar los tonos; una mano más segura, pero menos ligera, corría gran riesgo, al borrar algunas líneas incorrectas, de hacer desaparecer los toques más brillantes de la juventud; era necesario que la composición conservara su independencia, y, por decirlo así, su fogosidad; menester era dejar espuma sobre el freno del joven corcel. Si hay en los *Natchez* cosas que hoy no abordaría sino temblando, hay, sin embargo, otras que no querría volver a escribir; sobre todo la carta de *René* en el segundo tomo. Esta pertenece al primer orden y reproduce enteramente a *René*; ignoro lo que los *Renés* que me han sucedido habrán podido decir para acercarse más a la locura.

Los *Natchez* empiezan por una invocación al desierto y al astro de la noche, supremas divinidades de mi juventud:

«A la sombra de las selvas americanas quiero cantar melodías de la soledad que jamás han sido percibidas por mortales oídos; ¡quiero cantar vuestras desgracias, oh *Natchez*! ¡Oh nación de la Luisiana, de la que tan sólo quedan recuerdos! Las desgracias de un oscuro habitante de los bosques, ¿tienen menos derechos a nuestras lágrimas que las de los demás hombres? Los mausoleos de los reyes en nuestras iglesias, ¿son más interesantes que la tumba de un indio bajo la encina de su patria?

¡Y tú, antorcha de la meditación, as-

tro de las noches, sé para mí el astro de Pindo; ve delante de mí; marcha a través de las regiones desconocidas del Nuevo Mundo, para sorprender con tu luz los dulces secretos de estos desiertos!»

Mis dos naturalezas se confunden en esta extraña obra, sobre todo en el original primitivo. Se ven allí acontecimientos políticos e intrigas de novela; pero, a través de la narración, se escucha en todas partes una voz que canta y que parece llegar de una región desconocida.

En 1812 y 1814, últimos años del Imperio, me ocupé en hacer algunas investigaciones en Francia y en redactar una parte de mis *Memorias*, pero nada di a la prensa. Mi vida de poesía y de erudición acabó realmente con la publicación de mis tres grandes obras: *El Genio del Cristianismo*, *Los Mártires* y *El Itinerario*. Mis escritos políticos comenzaron con la Restauración, y con ellos mi existencia política activa. Aquí, pues, termina mi carrera literaria propiamente dicha: arrastrado por la corriente de los sucesos, la había omitido, y sólo en este año de 1839 es cuando he recordado los pasados tiempos de 1800 a 1814.

Mi carrera literaria, como puede haberse visto, no fué menos turbulenta que mi vida de viajero y de soldado; como aquéllas, tuvo también sus fatigas, sus encuentros y su sangre; no todo fueron musas y fuente Castalia; mi carrera política fué más tempestuosa aún.

Algunos restos señalarán quizás el sitio que ocuparon mis jardines de Academia. *El Genio del Cristianismo* inaugura la revolución religiosa contra las doctrinas del siglo XVIII. Al propio tiempo preparaba yo la revolución que amenazaba nuestro idioma, porque no podía haber innovación en la idea sin que hubiese cambio en el estilo. ¿Detrás de mí vendrán otras formas del arte desconocidas hoy? ¿Podrán nuestros actuales estudios ser un punto de partida progresivo, así como nosotros nos hemos apoyado en los antiguos para avanzar un paso? ¿Hay límites que no es dado pasar nunca porque sería chocar contra la naturaleza de las cosas? ¿Estos límites consisten en la división de las lenguas modernas, en su caducidad, en las vanidades humanas, tales como las ha hecho la nueva sociedad? Las lenguas no siguen el movimiento de la civilización, sino antes de la época de

perfeccionamiento; cuando llegan a su apogeo, permanecen un momento estacionarias, y después descienden, sin poder volver a elevarse.

La narración que termino ahora alcanza a los primeros libros de mi vida política, escritos anteriormente y en distintas fechas. Me encuentro un poco más animado al entrar en las partes concluidas de mi edificio.

Ya conocéis la mutabilidad de mi vida en mi estado de viajero y de soldado; también conocéis mi existencia literaria desde 1800 hasta 1813, en cuya fecha me dejasteis en la Vallée-aux-Loups, que me pertenecía aún, cuando empecé mi *carrera política*. Entremos ahora en esta carrera, y antes de pasar adelante me es forzoso retroceder para hablar de algunos hechos generales que he omitido al ocuparme exclusivamente de mis obras y de mis aventuras; estos hechos son relativos a Napoleón. Pasemos, pues, a él; y hablemos del vasto edificio que se construía fuera de mis sueños. Por ahora me hago historiador, sin dejar de ser escritor de mis *Memorias*; el interés público va a sostener mis confidencias privadas; mis circunstancias individuales se agruparán alrededor de mi narración.

Al estallar la guerra durante la Revolución, ésta no fué comprendida por los reyes; vieron ellos una insurrección donde debieron ver el cambio de las naciones, el fin y el principio de un mundo; pensar que únicamente se trataba de aumentar sus Estados con algunas provincias usurpadas a Francia; creyeron en la antigua táctica militar, en los antiguos tratados diplomáticos, en las negociaciones de los gabinetes: los conscriptos iban a expulsar a los granaderos de Federico; los reyes se preparaban a solicitar la paz en las antecámaras de algunos obscuros demagogos, y la terrible opinión revolucionaria iba a desanudar sobre el patíbulo las intrigas de la vieja Europa. Esa vieja Europa creía no tener que combatir más que con Francia, sin advertir que un siglo nuevo caminaba sobre ella.

Bonaparte, en el curso de sus glorias siempre crecientes, parecía ser el llamado a cambiar las dinastías de los reyes, haciendo la suya la más antigua de todas. Había erigido en reyes a los electores de Baviera, de Wurtemberg y de Sajonia; había puesto la corona de Nápo-

les sobre las sienes de Murat, la de España sobre las de José, la de Holanda sobre las de Luis, la de Westfalia sobre las de Jerónimo: su hermana, Elisa Baciocchi, era princesa de Luca; él era emperador de los franceses, rey de Italia, en cuyo reino se hallaban comprendidas Venecia, la Toscana, Parma y Plasencia; el Piamonte se había reunido a Francia: había consentido en dejar reinar en Suecia a uno de sus capitanes, llamado Bernadotte: con arreglo al tratado de la Confederación del Rin, ejercía en Alemania los derechos de la casa de Austria; se había declarado mediador de la confederación helvética; había echado por tierra a Prusia; sin poseer un sólo barco, había declarado el bloqueo a las islas británicas. Inglaterra, a pesar de su marina, se vió a pique de no poder descargar un solo fardo en ningún puerto de Europa ni enviar una sola carta.

Los Estados Pontificios constituían parte del imperio francés: el Tíber era un departamento de Francia. Se veían por las calles de París cardenales semiprisioneros que, sacando la cabeza por la ventanilla de su fiacre, preguntaban: «¿Es aquí donde vive el rey de...?» «No —respondía la persona preguntada— es más adelante.» Austria se había rescatao entregando a su hija: el incurso del Mediodía reclamó a Honoria de Valentiniano, con la mitad de las provincias del imperio.

¿De qué manera se habían obrado tantos milagros? ¿Qué cualidades poseía el hombre que los hizo? ¿Qué cualidades le faltaron para poderlos llevar a su término? Seguiré la inaudita fortuna de Bonaparte, fortuna que ha pasado con tal rapidez, que sus días ocupan un pequeño período del tiempo encerrado en mis *Memorias*. Penosa es la tarea del escritor, cuya pluma se ve obligada a ocuparse en enojosas reproducciones de genealogía, en pasadas averiguaciones sobre los hechos y en insípidas confrontaciones de fechas.

El primero de los Buonaparte (Bonaparte), de que se hace mención en los anales modernos, es Jacobo Buonaparte, quien, como un agüero del futuro conquistador, nos ha dejado la historia del saqueo de Roma de 1527, del que fué testigo ocular. Napoleón Luis Bonaparte, hijo mayor de la duquesa de Saint-Leu, muerto después de la insurrección de Rumania, tradujo al francés este cu-

rioso documento, poniendo al principio de él una genealogía de la familia de Buonaparte.

Dice el traductor «que se contentaba con llenar las lagunas del prefacio del editor de Colonia, publicando detalles auténticos sobre la familia Bonaparte; fragmentos de historia casi enteramente olvidados, pero interesantes, al menos para aquellos que se complacen en encontrar en los anales de los tiempos pasados el origen de una ilustración más reciente.»

Pasa el traductor a ocuparse después de una genealogía en que aparece un caballero, Nordille Buonaparte, el que el 2 de abril de 1266, salió fiador por el príncipe Conradino de Suavia (aquel a quien el duque de Anjou hizo cortar la cabeza), por el valor de los derechos de aduana de los efectos del citado príncipe. En el año 1255 empezaron las proscripciones de las familias trevisinas: una rama de los Buonaparte fué a establecerse a Toscana, ocupando los altos empleos del Estado. Luis María Fortunato Buonaparte, perteneciente a la rama establecida en Sarzana, pasó a Córcega en 1612, se fijó en Ajaccio, siendo el jefe de la rama de los Bonaparte de Córcega; tienen escudo de gules con dos barras de oro y dos estrellas.

Hay otra genealogía que el señor Pancoucke ha puesto al frente de la recopilación de los escritos de Bonaparte; ésta difiere en muchos puntos de la que ha presentado Napoleón Luis. Por otra parte, la señora de Abrantes dice que Napoleón es un Comneno, alegando que el nombre de Bonaparte es la traducción literal del griego *Calomeros*, sobrenombre de Comneno.

Napoleón Luis concluye de este modo su genealogía: «He omitido muchos detalles, porque los títulos de nobleza no son un objeto de curiosidad sino para un pequeño número de personas, y, por otra parte, la familia de Bonaparte no sacaría de ello ninguna gloria.»

Quien sirve bien a su país, no necesita antepasados.

A pesar de esta sentencia filosófica, la genealogía *subsiste*. Napoleón Luis tiene a bien hacer a su tiempo la concesión de un apotegma democrático, y, sin embargo, no lo hace por completo.

Todo en este asunto es singular. Jacobo Buonaparte, historiador del saqueo de Roma y de la detención del papa Clemente VII por los soldados del condes-

table de Borbón, es de la misma sangre que Napoleón Buonaparte, destructor de tantas ciudades, dueño de Roma, cambiada en prefectura, rey de Italia, dominador de la corona de los Borbones y carcelero de Pío VII, después de haber sido consagrado emperador de los franceses por mano de este pontífice. El traductor de la obra de Jacobo Buonaparte es el Napoleón Luis Buonaparte, sobrino de Napoleón, e hijo del rey de Holanda, hermano de Napoleón; y este joven acaba de morir en la última insurrección de Rumania, a poca distancia de las dos ciudades en que la madre y la viuda de Napoleón son desterradas en el momento en que caen por tercera vez los Borbones del trono.

Como era bastante difícil hacer de Napoleón el hijo de Júpiter Ammon, por la serpiente amada de Olimpia, o el pequeño hijo de Venus por Anquises, algunos sabios (1) hallaron otra maravilla de que echar mano, y demostraron a Napoleón que descendía por línea recta del Máscara de Hierro. El gobernador de la isla de Santa Margarita se llamaba *Bonpart*; éste tenía una hija: el Máscara de Hierro, hermano gemelo de Luis XIV, se enamoró de la hija de su carcelero, y se casó en secreto con ella con el consentimiento de la corte. Los hijos que nacieron de esta unión fueron llevados secretamente a Córcega con el nombre de su madre: los Bonpart se transformaron en Bonaparte por la diferencia del lenguaje. Resulta, pues, que el Máscara de Hierro era, ni más ni menos, que el misterioso abuelo de Cara de Bronce, del gran hombre, unido de este modo a la familia de un gran rey.

La rama de los Franchini Bonaparte tiene en su escudo tres flores de lis de oro. Napoleón se sonreía con cierto aire de incredulidad de esta genealogía, pero ello es que se sonreía; esto era siempre un reino reivindicado en provecho de su familia. Afectaba una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, porque él mismo había hecho descender su genealogía de Toscana (Bourrienne). Precisamente porque la divinidad del nacimiento faltó a Napoleón, es por lo que maravilla. «Veía yo—dice Demóstenes—a ese Filipo contra quien combatíamos por la libertad de Grecia y la salvación de las repúblicas, con los ojos hundidos, el cuello encorvado, trémulo el brazo, las piernas

(1) Las Cases.

desecadas, ofrecer con una inalterable firmeza sus miembros a los golpes de la suerte, satisfecho de vivir para el honor y de hacerse coronar con las palmas de la victoria.»

Filipo era padre de Alejandro; éste era, pues, el hijo de un rey, y de un rey digno de serlo; apoyado en este doble título, quiso hacerse obedecer. Alejandro, nacido sobre el trono, no tuvo que pasar, como Bonaparte, por un camino obscuro para llegar a la luz del poder. Alejandro no ofrece la disparidad de dos destinos; su preceptor fué Aristóteles; domar el Bucéfalo era un pasatiempo de su infancia. Napoleón sólo cuenta para instruirse con un maestro vulgar; no tiene caballos a su disposición, y es el menos acomodado de sus compañeros de colegio. Este subteniente de artillería, sin criados, va, sin embargo, a obligar al mundo a que le reconozca; este *petit caporal* mandará desde su palacio a los más grandes soberanos de Europa:

«¿No han venido nuestros dos reyes? Que les digan que se hacen esperar demasiado, y que Atila se fastidia.»

Bonaparte, que con tanta razón decía: «¡Oh, si yo fuese mi nieto!», no encontró el poder en su familia; lo creó él. ¡Qué facultades no supone esta creación! Aunque se quiera suponer que Napoleón no hizo más que poner en acción la inteligencia social que a su alrededor existía, inteligencia desarrollada por acontecimientos inauditos y peligros inmensos, no por eso deja de ser menos admirable; en efecto, ¿es, por ventura, tan fácil encontrar un hombre capaz de dirigir y de apreciar tantas capacidades como le rodeaban?

RAMA DE LOS BONAPARTE DE CÓRCEGA. — NACIMIENTO E INFANCIA DE NAPOLEÓN. — LA CÓRCEGA DE BONAPARTE.

Con todo, aunque Bonaparte no había nacido príncipe, era, según se decía antiguamente, *hijo de familia*. El señor de Marbeuf, gobernador de la isla de Córcega, hizo entrar a Napoleón en un colegio situado cerca de Autun; después fué admitido en la escuela militar de Brienne. Elisa, la señora de Bacciochi, recibió su educación en Saint-Cyr; Napoleón reclamó su hermana cuando la Revolución rompió las puertas de aquellos retiros religiosos. De este modo se pre-

sentó ésta como la última discípula de una institución en que Luis XIV había oído a las primeras educandas cantar los coros de Racine.

Se hicieron las pruebas de nobleza exigidas para la admisión de Napoleón en la escuela militar: éstas contienen la partida de bautismo de Carlos Bonaparte, padre de Napoleón, y desde él se remonta hasta Francisco, décimo ascendiente: después hay una certificación de los primeros nobles de la ciudad de Ajaccio, que demuestra que la familia Bonaparte, de Toscana, gozaba de los derechos de patriciado, y que declara que su origen es el mismo que el de la familia Bonaparte, de Córcega, etc., etc.

«Cuando Napoleón entró en Treviso—dice el conde de Las Cases—, dijéronle que su familia había gozado allí de un gran poder; en Bolonia, que había sido inscrita en el libro de oro... En la entrevista de Dresde, el emperador Francisco dijo al emperador Bonaparte que su familia había reinado en Treviso, y que había hecho reconocer los documentos que lo atestiguaban, añadiendo que era menester participárselo a María Luisa, a quien esto causaría sumo placer.»

Nacido de una familia noble, que tenía alianzas con los Orsini, los Lomelli y los Médicis, Napoleón, obligado por la revolución, no fué demócrata más que un momento: esto mismo se deduce de sus palabras y de sus escritos: dominado por su categoría, sus inclinaciones eran aristocráticas. Pascual Paoli no fué, como se ha dicho, el padrino de Napoleón, sino el obscuro Laurent Giubega, de Calvi; este dato está tomado de la partida de bautismo de Ajaccio, pasada ante el ecónomo Diamante.

Queda, pues, demostrado que el verdadero nombre de Bonaparte es Buonaparte: de este modo firmó, durante la campaña de Italia, y hasta la edad de treinta y tres años. Después lo afrancesó, firmando Bonaparte; yo le doy el nombre que se dió él mismo, y el que grabó al pie de su indestructible estatua (1).

¿Napoleón se rejuveneció de un año con el fin de hacerse francés, esto es, a fin de que su nacimiento no fuera anterior a la época de la reunión de Córcega

(1) El nombre de Buonaparte se escribía algunas veces suprimiendo la *w*: el cura que firmó su partida de bautismo escribió en ella por tres veces Bonaparte, sin emplear la vocal italiana.

a Francia? Esta cuestión se halla tratada concienzudamente por el señor Eckard, y a consejo se lea su memoria. De ella resulta que Bonaparte nació el día 5 de febrero de 1768, y no el 15 de agosto de 1769, a pesar de lo que dice el señor de Bourrienne. Por este motivo el senado conservador trata a Napoleón de *extranjero*.

El acta de celebración del matrimonio de Bonaparte con María Josefa Rosa de Tascher, inscrita en el registro del estado civil de la segunda demarcación de París, del 19 de ventoso, año IV (9 de marzo de 1796), dice que Napoleón Buonaparte nació en Ajaccio el 5 de febrero de 1768, y que su partida de nacimiento, revisada por el oficial civil, certifica esta fecha, y está conforme con lo que se dice en el acta de matrimonio, respecto a que el esposo tenía la edad de veintiocho años.

El acta de nacimiento presentada en la oficina de la segunda demarcación cuando se celebró su casamiento con Josefina, fué retirada por uno de sus ayudantes de campo a principios del año de 1810, cuando se trató de la anulación del casamiento de Bonaparte con Josefina. El señor Duclos, no atreviéndose a oponerse a la orden imperial, escribió sobre uno de los documentos del *legajo de Bonaparte*: «Su partida de nacimiento le ha sido remitida, no pudiendo entregarle copia de ella en el momento en que la pedía.» La fecha del nacimiento de Josefina se halla variada en el acta de matrimonio; está raspada y escrita encima, pero aun se descubren al microscopio las primeras huellas. La emperatriz se quitó cuatro años. Las versiones que se han hecho sobre este particular en el palacio de las Tullerías y en Santa Elena, son poco satisfactorias.

El acta de nacimiento de Napoleón, sustraída por el ayudante de campo en 1810, ha desaparecido, y todas las pesquisas que se han hecho para descubrirla han resultado infructuosas.

De todo esto se deduce de una manera indudable, y yo, así lo creo, que Napoleón nació en Ajaccio el 5 de febrero de 1768. Sin embargo, no ignoro los inconvenientes históricos que presenta la adopción de esta fecha.

José, hermano mayor de Bonaparte, nació el 5 de enero de 1768; por lo tanto, Napoleón no puede haber nacido en el mismo año; esto hace suponer que la partida de bautismo del primero debe también haber sido modificada; esto es

tanto más creíble, cuanto que todos los documentos del estado civil de Bonaparte han sido tachados de falsos. Y a pesar de esta justa suposición de fraude, el conde de Beaumont, subprefecto de Calvi, en sus *Observaciones sobre Córcega*, sostiene que el registro del estado civil de Ajaccio señala el nacimiento de Napoleón con fecha del 15 de agosto de 1769. Por último, los papeles que me había dejado el señor Libri atestiguaban que el mismo Bonaparte creía haber nacido el 15 de agosto de 1769, en una época en que no tenía razón alguna para desear rejuvenecerse. Pero siempre queda en pie la fecha oficial de los documentos de su primer matrimonio y la substracción de su partida de nacimiento.

De cualquier modo que sea, Bonaparte nada ganaría con esta transposición de vida: si se fija su nacimiento el 15 de agosto de 1769, preciso es fechar la época de su concepción hacia el 15 de noviembre de 1768: ahora bien, Córcega no se unió a Francia sino por el tratado de 15 de marzo de 1769; las últimas sumisiones de los Pieves (cantones de Córcega) no tuvieron lugar hasta el 14 de junio de 1769; de modo que, según los cálculos más indulgentes, Napoleón no podría ser francés sino algunas horas de la noche en el seno materno. Es ciudadano de una patria dudosa, y esto lo clasifica aparte de los demás; existencia caída a la casualidad, que puede pertenecer a todos los tiempos y a todos los países.

No obstante, Bonaparte se inclina hacia la patria italiana: aborreció a los franceses hasta la época en que su valor le conquistó un imperio. Abundan las pruebas de esta aversión en los escritos de sus primeros años. En unos apuntes que Napoleón escribió sobre el suicidio, se lee este párrafo: «Mis compatriotas, cargados de cadenas, besan, temblando, la mano que los oprime... ¡Franceses: no satisfechos con habernos arrebatado nuestros más queridos objetos, habéis, además, corrompido nuestras costumbres!»

Una carta escrita a Paoli, en Inglaterra, en 1789, carta que se ha publicado, empieza de esta manera: «General, yo nací cuando perecía la patria. Treinta mil franceses vomitados por nuestras riberas, ahogaban el trono de la libertad en olas de sangre, tal fué el odioso espectáculo que se apareció el primero a mis ojos.»

En otra que dirigió al señor Gubica, escribano de los Estados de Córcega, dice así:

«En tanto que Francia renace, ¿qué será de nosotros, desgraciados hijos de Córcega? Siempre esclavos, ¿continuaremos besando la mano insolente que nos oprime? ¿Seguiremos viendo ocupados todos los destinos que de derecho nos pertenecen por extranjeros tan despreciables por sus costumbres y conducta, como por la abyección de su nacimiento?»

Por último, el borrador de otra carta de Napoleón, en que habla del reconocimiento de la Asamblea nacional por Córcega, en 1789, empieza de este modo:

«Señores: A fuerza de sangre es como llegaron a dominarnos los franceses; con la sangre quisieron asegurar su conquista. El militar, el magistrado, el hacendista, todos se reunieron para oprimirnos, para despreciarnos, haciéndonos apurar hasta las heces la copa de la ignominia. Demasiado tiempo hemos sufrido sus vejaciones; mas ya que no hemos tenido el valor suficiente para hacernos libres por nosotros mismos, olvidémoslos, que sufran el desprecio que merecen, o, al menos, que vayan a mendigar en su patria la confianza de los pueblos: nunca podrán obtener la nuestra.»

La animosidad de Napoleón contra la madre patria nunca se borró por completo. Subido al trono, parecía olvidarnos únicamente, y no habló más que de sí mismo, de su imperio, de sus soldados, y casi nunca de los franceses; se le solía escapar alguna vez esta frase: «Vosotros, franceses...»

El emperador, en su manuscrito de Santa Elena, dice que su madre, sorprendida por los dolores del alumbramiento, le dejó caer sobre una alfombra llena de grandes ramos, que representaban los héroes de la *Iliada*: no sería menos de lo que fué aun cuando hubiese caído sobre un rastrojo.

He hablado de papeles que han sido encontrados; y cuando yo fui embajador de Roma, en 1828, el cardenal Fesch, al enseñarme sus cuadros y sus libros, me dijo que tenía algunos manuscritos de Napoleón en su juventud; les daba tan poca importancia, que no tuvo el menor inconveniente en dejármelos ver; aban-

doné Roma, y no tuve tiempo para compulsar estos documentos. A la muerte de la *Madame mère* y del cardenal Fesch se perdieron algunos objetos pertenecientes a la sucesión: el legajo que contenía los ensayos de Napoleón, fué llevado a Lyon con otros muchos, yendo a parar a manos del señor Libri. Este insertó en la *Revista de Ambos Mundos* del 1.º de marzo del presente año 1842, una nota detallada de los documentos del cardenal Fesch. Después tuvo la bondad de enviarme el legajo, del que me aprovecho para aumentar la parte de mis *Memorias* que trata de Bonaparte, reservándome el presentar más minuciosos detalles para los hechos dudosos y para las objeciones que se me puedan hacer.

En su *Bosquejo de la Córcega* (*Sketches of Corsica*), habla Benson de la casa de campo que habitaba la familia de Bonaparte: «Siguiendo la ribera del mar de Ajaccio hacia la Sanguinière, a distancia de una milla de la ciudad, hay dos pilares de piedra, restos de una puerta que se abría sobre el camino: esta puerta conducía a una casa de campo arruinada, que fué en otra época habitación del hermano uterino de la señora Bonaparte, y a quien Napoleón hizo cardenal de Fesch. Al pie de una roca se ven los restos de un pequeño pabellón, cuya entrada se halla casi obstruida por una espesa higuera: éste era el sitio donde Napoleón tenía costumbre de pasar las vacaciones que le daban en la escuela para ir a ver a su familia.»

El amor al país natal siguió en Bonaparte su curso acostumbrado. Bonaparte, en 1788, escribía, a propósito del señor de Sussy, que *Córcega ofrecía una primavera continua*: cuando fué feliz, ya no se acordó de su isla, y aun le fué antipática, pues le parecía una cuna demasiado mezquina. Pero en Santa Elena volvióse a presentar la patria en su memoria. «Córcega tenía mil encantos para Napoleón (1); hacía una detallada descripción de todas sus bellezas, y de los majestuosos perfiles de su estructura física. Todas las casas eran allí mejores; hasta el mismo olor de la tierra; este olor le habría bastado para reconocerla con los ojos vendados, pues no lo había sentido en parte alguna. Se vela en ella con el pensamiento durante sus primeros años y sus primeros amores, transp-

(1) Memorial de Santa Elena.

niendo las cimas de las montañas y cruzando los profundos valles.»

Bonaparte encontró la novela en su cuna: esta novela empieza en Vanina, muerta por Sampietro, su marido. El barón de *Neuhof*, o el rey Teodoro, se había presentado en todas partes pidiendo socorros a Inglaterra, al papa, al gran turco, al bey de Túnez, después de haberse hecho coronar rey de Córcega, que no sabía a quien entregarse. Voltaire se ríe de todo esto. Los dos Paoli, Jacinto, y sobre todo Pascual, habían llenado Europa con el ruido de su nombre. Buttafuoco rogó a J. J. Rousseau que fuese el legislador de la isla; el filósofo de Ginebra pensaba establecerse en la patria del que, desordenando los Alpes, llevó a Ginebra bajo su brazo. «Hay todavía en Europa—escribía Rousseau—un país capaz de buena legislación; este país es la isla de Córcega. El valor y la constancia con que este pueblo valiente supo recobrar y defender su libertad, merece que un hombre sabio le enseñe a conservarla. Tengo el presentimiento de que algún día esta pequeña isla ha de asombrar a Europa.»

Criado en el centro de Córcega, Bonaparte fué educado en esa escuela primaria de las revoluciones; no presentó al principio ni la tranquilidad ni las pasiones fuertes de la primera edad, sino un espíritu ya impregnado de las pasiones políticas. Esto cambia la idea que se ha formado de él.

Cuando un hombre ha llegado a hacerse célebre, se le buscan antecedentes notables; los niños predestinados, según los biógrafos, son impetuosos, enredadores, indomables; todo lo aprenden con una facilidad suma, o no aprenden nada; otras veces son niños melancólicos que no toman parte en los juegos de sus compañeros, que se aíslan, y que se ven ya abrumados por el peso de su fama futura. Un entusiasta de Napoleón ha desenterrado las cartas (muy vulgares por cierto) de Napoleón a su familia, y reproduce sus infantiles necedades; vanos son los pronósticos que se hacen sobre nuestro porvenir: todos somos hijos de las circunstancias: que un niño sea alegre o melancólico, hablador o callado, que presente o que no presente aptitud para el trabajo, no por eso se puede profetizar de él. Fijaos en un estudiante de diez y seis años; por inteligente que lo encontréis, aquel hijo pródigo será tal vez un imbécil. El niño carece de la me-

yor de sus gracias, de la sonrisa: él ríe, pero no sonríe.

Bonaparte era, pues, un muchacho ni más ni menos que los demás. «Yo no era—confiesa él mismo—más que un niño terco y curioso.» Gustaba mucho de los ranúnculos, y comía cerezas con la señorita Colombier. Cuando abandonó la casa paterna no sabía más que el italiano; su ignorancia del idioma de Turena era casi completa. Como el mariscal de Sajonia alemán, Napoleón italiano no escribía una sola palabra con ortografía: Enrique IV, Luis XIV y el mariscal Richelieu, menos excusables aún, no eran más correctos que él en este punto. Seguramente para ocultar la negligencia de su educación, Bonaparte escribía de una manera indescifrable. Habiendo salido de Córcega a la edad de nueve años, no volvió a su isla hasta ocho años más tarde. En la escuela de Brienne nada presentó de extraordinario, ni en su estudio ni en su exterior. Sus compañeros de colegio se chanceaban con él sobre su nombre y sobre su patria, y él decía a su camarada de Bourienne: «Haré a los franceses todo el daño que pueda.» En un estado presentado al rey en 1784, el señor de Kéralio decía que él *joven Bonaparte sería un marino excelente*: la frase es un tanto sospechosa, porque aquel estado no se halló sino después que Napoleón revisaba la flotilla de Bolonia.

Salió de Brienne el 14 de octubre de 1784, y pasó a la escuela militar de París. La lista civil pagaba su pensión, y él se avergonzaba de ser un colegial de plaza. La pensión le fué conservada después, como consta por un recibo hallado en el legajo del señor Fesch, que pasó a manos de Libri:

«Yo, el abajo firmado, declaro haber recibido del señor Biercourt la cantidad de doscientas libras, procedentes de la pensión que el rey me concede sobre los fondos de la escuela militar en calidad de antiguo cadete de la escuela de París.»

Bonaparte no era muy apreciado en el nuevo prítaneo: negligente y gruñón, no se hacía querer de sus maestros; todo le parecía mal. Envió una memoria al subdirector sobre los vicios de la educación que se daba en aquella escuela: «¿No sería preferible—dice—enseñarlos (a los discípulos) a que no necesitaran de nadie? Excepto las cosas de cocina, debe-

rían hacerse por sí todo lo demás; se les debería acostumar a comer pan de munición, o uno que se le asemejase, a sucudir y cepillar su ropa, a limpiarse los zapatos o las botas.» Esto lo puso como ordenanzas algún tiempo más tarde en Fontainebleau y en Saint-Germain.

El descontentadizo alumno libró, por fin, a la escuela de su presencia, siendo nombrado teniente de artillería en el regimiento de La Fère.

La carrera literaria de Napoleón está comprendida entre los años 1784 y 1793, breve en cuanto al tiempo y larga por sus trabajos. Errante con los cuerpos de artillería de que formaba parte, por la Ausonia, por Dole, Seures y Lyon, no perdía de vista los sitios en que había disensiones, como el ave engañada por los cristales que le representan el agua, o atraída por el reclamo. Atento a las cuestiones académicas, contestaba a ellas; dirigíase con desenfado a las personas notables por su posición, que no conocía; pretendía igualarse con todas ellas antes de llegar a mandarlas.

Tan pronto hablaba con un nombre supuesto, como firmaba con el suyo, que seguramente no hacía traición al anónimo. Escribía al abate Raynald, al señor Necker; dirigía a los ministros memorias sobre la organización de Córcega, sobre los proyectos de defensa de Saint-Florent, de la Mortella, del golfo de Ajaccio, y sobre la manera de disponer las piezas para arrojar bombas. No se le hacía más caso que a Mirabeau cuando redactaba en Berlín los proyectos relativos a Prusia y Holanda. Estudiaba Geografía, y se ha notado que, cuando habla de Santa Elena, la señala únicamente con estas dos palabras: *pequeña isla*. Se ocupaba de la China, de la India, de la Arabia; estudiaba los historiadores, los filósofos, los economistas, Herodoto, Estrabón, Diodoro de Sicilia; Filangieri, Mably, Smith; rechazaba las opiniones sobre el origen y fundamento de la igualdad *del hombre*, y exclamaba: «Yo no creo en ella, no creo nada de eso.» Luciano Bonaparte refiere que él sacó dos copias de una historia redactada por Napoleón. Parte de este manuscrito lo encontré en el legajo del cardenal Fesch: los datos nada tienen de notables: el estilo es vulgar, y el episodio de Vanina se ve reproducido sin venir a cuento. La frase de Sampietro a los grandes señores de la corte de Enrique II, después del asesinato de Vani-

na, vale más que toda la narración de Bonaparte: «¿Qué le importan al rey de Francia las disensiones de Sampietro con su esposa?»

Bonaparte no tenía, al principio de su carrera, el menor presentimiento de su porvenir: únicamente había fijado su vista en la escala, en la que desde un escalón sólo veía el otro; pero si no deseaba subir, tampoco quería atrasar: puesto una vez el pie en un sitio, no había poder humano que lo moviese de él para retroceder. En el legajo de Fesch se encuentran tres cuadernos manuscritos que tratan de la Sorbona y de las libertades galicanas: se ven en ellos correspondencias con Paoli, Salicetti, y, sobre todo, con el P. Dupuy, de los mínimos, subdirector de la escuela de Brienne, persona sensata y religiosa, que daba excelentes consejos a su joven discípulo, y que llama a Bonaparte su *querido amigo*.

Napoleón unía a estos estudios ingratos, algunas páginas de imaginación, y habla de las mujeres: escribe *La Máscara profeta*, la *Novela Corsa* y una novela inglesa, *El conde de Essex*; se leen allí diálogos sobre el amor, que trata siempre con mucho desprecio, y no obstante, escribe un borrador de una carta apasionadísima, dirigida a una amante desconocida: hace poco caso de la gloria, y pone siempre en primer término el amor a la patria: se ha de tener en cuenta que esta patria es Córcega.

Todo el mundo ha podido ver en Génova un pedido hecho a un librero: el novelesco teniente pedía las *Memorias* de la señora de Warens. Bonaparte fué también poeta como César y Federico: daba la preferencia a Ariosto sobre Tasso, porque veía en él los retratos de sus futuros capitanes, y un caballo enjaezado para su viaje a los astros. Atribúyese a Bonaparte el siguiente madrigal, dedicado a la señora Saint-Huberti en el papel de Dido: el pensamiento podrá ser suyo, pero la forma es de una mano más diestra que la del emperador:

Romains qui vous vantez d'une illustre origine,
Voyez d'où dépendait votre empire naissant!
Dido n'a pas assez d'attrait puissant
Pour retarder la fuite où son amant s'obstine.
Mais si l'autre Dido, ornement de ces lieux,
Eût été reine de Carthage,
Il eût, pour la servir, abandonné ses dieux,
Et votre beau pays serait encor sauvage.

«¡Romanos que os vanagloriáis de un origen ilustre; ved de lo que dependió vuestro naciente imperio! Dido no tuvo

bastante poder con su belleza para detener la fuga de su obstinado amante. Pero si la otra Dido, ornamento de este sitio, hubiera sido reina de Cartago, por complacerla hubiera él abandonado a sus dioses, y vuestro hermoso país sería todavía un país salvaje.»

Por este tiempo Napoleón da motivo a creer que había intentado suicidarse. Una infinidad de barbilampiños se ven asediados de este mismo pensamiento, que creen ser la prueba de su superioridad. Entre los papeles del señor Libri se encuentra esta nota manuscrita: «Siempre solo en medio de los hombres, entro dentro de mí mismo para soñar y para entregarme a toda la fuerza de mi melancolía. ¿Hacia qué lado se dirige hoy? Hacia el lado de la muerte... Si tuviera sesenta años, respetaría las preocupaciones de mis contemporáneos, y esperaría pacientemente a que la naturaleza hubiese terminado su carrera; pero, puesto que comienzo a sufrir desgracias; puesto que en nada hallo placer, ¿por qué he de prolongar una vida en la que nada me sonríe?»

Estos son los temas obligados de todas las novelas. El pensamiento y los giros de las ideas se hallan en Rousseau, cuyo texto había alterado Bonaparte con algunas frases de su estilo.

En todo esto se descubre un prólogo a la vida de Napoleón; un Bonaparte desconocido precede al formidable Napoleón; su pensamiento pesaba sobre el mundo antes que su persona; este pensamiento agitaba sordamente la tierra: en 1789, en el momento en que aparecía Bonaparte, se experimentaba una cosa terrible, una inquietud de que nadie podía darse cuenta. Cuando el mundo se halla amenazado de una gran catástrofe, ésta se anuncia por conmociones latentes; se tiene como miedo; se oyen ruidos extraños durante la noche, permaneciendo largo rato con los ojos fijos en el cielo, sin comprender lo que se siente ni lo que va a suceder.

PAOLI. — DOS LIBELOS. — DESPACHO DE CAPITÁN. — TOLÓN

Paoli había sido llamado de Inglaterra a petición de Mirabeau el año 1789. Fué presentado a Luis XVI por el marqués de Lafayette, teniente general y comandante militar de Córcega. ¿Siguió

Bonaparte al desterrado que lo había protegido, y con el cual estaba en correspondencia? Así se cree. No tardó mucho en desavenirse con Paoli; los crímenes de nuestras primeras turbulencias desagradaron al antiguo general, que entregó Córcega a los ingleses para librarse de la Convención. Bonaparte se había hecho miembro de un club de jacobinos en Ajaccio: se estableció otro club en sentido opuesto, y Bonaparte tuvo que huir. La señora Leticia y sus hijas se refugiaron en la colonia griega de Carghese, desde donde pasaron a Marsella. José se casó allí el 1.º de agosto de 1794 con la señorita Clary, hija de un rico negociante. En 1792 el ministro de la guerra, el ignorado Lajard, destituyó por algún tiempo a Napoleón de su empleo por haber faltado a una revista.

Este mismo año de 1792 vuélvese a ver a Napoleón en París en compañía de Bourrienne. Falto de recursos dedicóse a la industria, tratando de alquilar unas casas que se estaban construyendo en la calle de Montholon, con el designio de subarrendarlas después. Al mismo tiempo la Revolución seguía su curso, y llegó el 20 de junio: saliendo aquel día Bonaparte acompañado de Bourrienne de una fonda de la calle de Saint-Honoré, cerca del Palais-Royal, vió pasar cinco o seis mil andrajosos que daban gritos y marchaban contra las Tullerías; al verlos, dijo a Bourrienne: «Sigamos a esos desherrapados», y fué a colocarse sobre el terraplén a la orilla del agua. Cuando el monarca, cuyo palacio fué asaltado, apareció en una de las ventanas, adornado con el gorro encarnado, Bonaparte exclamó lleno de indignación: «¡Qué c...! ¿Cómo han dejado pasar a esa canalla? Debieran haber barrido con un cañón cuatrocientos o quinientos, y los demás hubieran huído.»

El 20 de junio de 1792 me encontraba yo bien cerca de Bonaparte: ya he dicho anteriormente que me estaba paseando en Montmorency, mientras que la Barere y Maret buscaban conmigo la soledad, aun cuando por distintos motivos. ¿Fué por este tiempo cuando Bonaparte se vió obligado a vender y negociar los pequeños créditos, llamados *Corset*? Después de la muerte de un almacenista de vinos de la calle de Saint-Avoys, en el inventario hecho por Dumay, escribano, y Chariot, tasador perito, Bonaparte figura en la citación para una deuda de alquileres, que ascendía a veinte fran-

cos, y que no había podido pagar: esta miseria aumenta su esplendor. Napoleón ha dicho en Santa Elena: «Al ruido del asalto de las Tullerías el 10 de agosto, corrí al Carrousel, a casa de Fauvelet, hermano de Bourrienne, que tenía en aquel sitio un magnífico almacén de muebles.» El hermano de Bourrienne tenía una especulación, que él llamaba *almoneda nacional*. Bonaparte empeñó allí su reloj: ejemplo perjudicial. ¡Cuántos pobres estudiantes se creerán Napoleones por haber hecho lo mismo!

Bonaparte volvió al Mediodía de Francia el día 2 de enero del año II, y llegó allí antes del sitio de Tolón. Se ocupaba en escribir dos libelos: el primero es una *Carta a Mateo Buttafuoco*; trátale de un modo indigno, y acusa al propio tiempo a Paoli, como de un crimen, de haber entregado el poder en manos del pueblo: «¡Extraña aberración — dice — que somete a un hombre brutal a un mercenario, al que por su educación, por su rango, por su fortuna, ha sido formado expresamente para gobernar!»

Aunque revolucionario, Napoleón se muestra siempre enemigo declarado del pueblo; sin embargo, fué cumplimentado por Masseria, presidente del club patriótico de Ajaccio.

El día 29 de julio de 1793 publicó otro libelo titulado *La Cena de Beaucaire*. Bourrienne reproduce un manuscrito de ella, revisado por el autor, pero compendiado y puesto más en armonía con las opiniones de Bonaparte, en el momento que corrigió su obra. Esta se reduce a un diálogo entre un marsellés, un vecino de Nimes y un fabricante de Montpellier. Se trata de la cuestión del momento: del ataque de Aviñón por el ejército de Carteaux, en el que Napoleón había figurado como oficial de artillería. Dice al *marsellés* que su partido sería derrotado por haber dejado de seguir a la Revolución. El *marsellés* responde al *militar*: «Esto es, a Bonaparte: «Aun se acuerda todo el mundo del monstruo, que era uno de los principales del club: hizo asesinar a un ciudadano, saqueó su casa y violó a su mujer después de haberla hecho beber un vaso de sangre de su esposo.» «¡Qué horror! — dice el militar —: pero, ¿será verdad? Mucho me temo que no, pues bien sabe usted que hoy día no se cree en la violación.» Ligereza del último siglo que fructificaba en el frío temperamento de Bonaparte. Esta acu-

sación de haber bebido y de haber hecho beber sangre ha sido reproducida en distintas ocasiones. Cuando el duque de Montmorency fué decapitado en Tolosa, los militares bebieron de su sangre para que se les comunicara la virtud de un corazón grande.

Llegamos ya al sitio de Tolón. Aquí principia la carrera militar de Bonaparte. El legajo del cardenal Fesch nos suministra un documento muy singular, relativo al grado que ocupaba entonces Napoleón en artillería. Es un despacho de capitán de artillería concedido a Bonaparte por Luis XVI en 30 de agosto de 1792, veinte días después de su destrenamiento, que fué el día 10. El monarca había sido encerrado en el Temple el 13, dos días después del asesinato de los suizos. En este documento se dice que el nombramiento del 30 de agosto de 1792 se considerará como expedido el 16 de febrero anterior.

Los desgraciados son, muchas veces, profetas; pero, esta vez, la previsión del mártir no entraba para nada en la futura gloria de Napoleón. Existen todavía en las oficinas del ministerio de la Guerra, despachos en blanco firmados por Luis XVI, y que no les falta otra cosa que llenarlos; y uno de éstos será el que hemos citado. Luis XVI, encerrado en el Temple, en la víspera de su proceso, rodeado de su familia cautiva, tenía otras cosas de más importancia en que ocuparse que los adelantos de un desconocido.

La época del despacho se señala por la firma del ministro; esta firma era SERVAN. Servan, nombrado ministro de la Guerra el 8 de mayo de 1792, fué destituido el 13 de junio del mismo año. Dumouriez desempeñó este cargo hasta el 18; Lajard ocupó a su vez este ministerio hasta el 23 de julio. Abancourt le sucedió, y estuvo en su empleo hasta el 10 de agosto, día en que la Asamblea nacional volvió a llamar a Servan, quien presentó su dimisión el 3 de octubre. En aquellos días eran tan difíciles de contar nuestros ministerios como lo fueron después nuestras victorias.

El despacho de Bonaparte no puede ser dado por el primer ministerio Servan, puesto que el documento tiene la fecha del 30 de agosto de 1792; debió ser en su segundo llamamiento al ministerio; sin embargo, existe una carta de Lajard del 12 de julio dirigida al ca-